

# EL FIN DE LA RAZA

EDUARDO HERRERA



## EL FIN DE LA RAZA

Eduardo Herrera

En verdad que nada hay más triste que la muerte de una raza. Es la tristeza infinitamente desoladora que se siente ante las cosas que acaban para siempre.

Y he aquí que las sociedades y las razas desaparecen unas tras otras y ha llegado el momento de abandonar la última esperanza.

Intensa melancolía penetra en el alma al contemplar el sepulcro de la humanidad, recordando sus glorias y sus crímenes, sus grandes alegrías y sus grandes dolores.

Ha sido una muerte triste la del planeta; una muerte triste y lenta, de frío, en la inmensidad, abandonado para siempre por el sol envejecido. Enormes capas de hielo cubre las ciudades florecientes y las grandes naciones. Y la tierra no es ya sino un vasto cementerio helado que gira eternamente entre la armonía de los astros y la infinita tristeza de un cielo sin luz.

La luna ha desaparecido en la sombra y las estrellas parecen cirios en torno de un cadáver. Todo tiene sobre el planeta un aspecto vago y extraño. Todo parece volver á entrar en esos espacios increados que Milton ha colocado entre el imperio de la Vida y el de la Muerte.

La desolación y la noche reinan por todas partes. Y esa noche eterna y lúgubre que todo lo rodea hace pensar dolorosamente en los bellos días de sol que se han ido, en los crepúsculos maravillosos, en las campiñas verdes y floridas.

Una ciudad misteriosa se alza en el sitio que ha sido el último refugio de la humanidad. Sus edificios grandiosos recortan atrevidamente sobre el cielo sus formas fantásticas. Unos semejan inmensas catedrales góticas; otros parecen viejos castillos de murallas desmanteladas y torres derruidas, o extrañas pagodas de colosales dimensiones, o palacios magníficos cuyas cúpulas soberbias se pierden en la sombra.

Nada turba el sueño de la ciudad desierta. Por todas partes el silencio, un silencio profundo e inquietante que pesa extrañamente sobre el alma.

Las calles solitarias tienen el triste aspecto de los cauces vacíos. De las ventanas oscuras, como bocas inmensas, no brota ya la alegría de una luz. Sobre los pórticos sombríos parece que ha sido hecha la señal del eterno descanso.

Y en el silencio y la desolación de la ciudad muerta transcurren tristemente los días de la última familia, en el fondo de un palacio de rara arquitectura.

\*\*\*

Es un soberbio aposento tenuemente alumbrado por una bella luz azul. En él hay un anciano, una mujer y un joven.

Son los últimos de la Raza.

Hay en ellos algo extraño. Una onda de misterio los rodea. Parece que la proximidad de lo Inevitable diera a sus ademanes significaciones

maravillosas.

Y hay en el ambiente la solemnidad augusta de los destinos que van a cumplirse...

El anciano está reclinado en un sillón. Su hermosa barba blanca que cae sobre el pecho resalta fuertemente sobre el negro terciopelo de la túnica.

A los pies del viejo venerable, cuya vida se extingue lentamente, está ella.

Su belleza es rara. Sus ojos tienen el color del mar y su cuerpo maravilloso parece regido por un ritmo incomparable y único.

El de pie. En la altiva frente juvenil una profunda arruga y en actitud de intensa preocupación, como si sobre él gravitaran el peso de todas las edades, y el destino de todas las razas.

En verdad que es triste el grupo de los que aún quedan: un anciano moribundo que habla con honda pena de las cosas idas, —y, a su lado, dos jóvenes sobre los que ya ha sido escrito el último signo.

Y el anciano habla lentamente con voz solemne y evocadora. Como si en sus últimos momentos, ante la conciencia del próximo fin de las cosas, quisiese hacer una peregrinación al pasado, penetrando en él profundamente, para mostrar á los que escuchan todo el valor de la herencia recibida, les habla de las glorias de que eran deudores, de los crímenes y tristezas que sobre ellos pesaban, de las furiosas tempestades que habían azotado a la humanidad, de la sangre y de la luz vertidas sobre el mundo por los mártires, los sabios e innovadores grandiosos.

Es como una inmensa galería de naciones y de razas. Les habla de la India, el país misterioso de los mitos y de las cosas profundas; de Grecia, la inmortal "sonrisa de la historia", a cuyo recuerdo su frente se ilumina con un resplandor prodigioso; de Roma soberbiamente grande y de la Edad Media poética y oscura.

Les habla de la alegría del Renacimiento, de las maravillas del Arte y de cómo había sido encontrado el "camino de Paros".

De la Libertad grandiosa.

De la magnífica florescencia de la raza latina en América en la que, al decir de los iniciados en las ciencias ocultas del budismo, había que formarse la raza maravillosa que alumbraría el mundo.

Con admiración recuerda el resurgimiento prodigioso y el soberbio esplendor alcanzado por las repúblicas latinas sobre las que velaba el alma profundamente artística de la raza gloriosa...

Describe así la marcha triunfadora de la civilización que desde el Oriente ha recorrido el planeta y ha cerrado el ciclo maravillosamente.

Y cuando llega aquí el anciano se detiene, fatigado. Una gran tristeza invade su alma al recuerdo de esos pueblos que han pasado como brillantes meteoros.

En la mirada de los que escuchan hay una pregunta silenciosa ante ese extraño desfile de imperios, de sociedades y de razas marchando hacia un fin nunca conocido. Próximo ya el término, era llegada la hora de saber el objeto del vertiginoso movimiento; de saber qué gran potencia oculta había impulsado á la humanidad a través de los siglos.

La cima había sido alcanzada—dice el viejo con su voz solemne y evocadora—y, en el máximo, acercándose el descanso inevitable exigido por las oscuras leyes de la vida, había llegado el momento de dirigir

una mirada a los progresos realizados.

Grandes eran estos, en verdad. Soberbias ciudades se alzaban por todas partes. Allí donde antes solo existían bosques impenetrables ó áridos desiertos vivían entonces florecientes naciones, exuberantes de vida y de riqueza.

Y sin embargo, la esfinge que guarda las puertas de la ciudad de los misterios estaba intacta.

Solo la Belleza se había dejado ver desde las altas torres. Y es que la Belleza es el más humano de todos los misterios. Es algo propio y esencial del alma humana. Esta la busca por todas partes y la halla en sí misma y en todas las cosas. Y por lo mismo que es algo tan suyo no ha querido sujetarla a las leyes de la lógica ni la ha discutido. La siente y eso basta.

Por eso la Belleza ha venido a ella y ella no la ha interrogado. No le ha preguntado de donde viene, ni a donde va, ni que principios la rigen. La ha sentido venir y la ha recibido con los brazos abiertos, como a una hermana.

Por los grandes misterios de la Verdad y de la Justicia jamás han sido alcanzados. Los problemas han cambiado de nombre y de lugar, pero en el fondo ha subsistido siempre lo desconocido. Se han levantado edificios magníficos y deslumbrantes sobre bases, en verdad, muy deleznable. Y cuando se ha visto que en los cimientos solo había nombres era ya muy grande la altura y no era cosa de destruir la obra de tantos siglos y de tantos esfuerzos para volver a edificar sobre bases tan falsas como las primeras.

De los esfuerzos hechos para alcanzar la Verdad y la Justicia se han derivado grandes beneficios así como también males bastante graves.

Por una parte a ellos se deben todos los progresos realizados; por otra, ellos han hecho surgir falsos derechos y pretensiones absurdas y funestas.

Y si no era de temer una invasión de bárbaros que viniese de fuera, no era, tampoco menor la inquietud pues la onda destructora amenazaba salir del seno mismo de la sociedad.

Y así, entre luchas y temores, triunfos y derrotas, ante el Enigma persistente, se efectuaba el descenso.

El planeta comenzó a enfriarse y los hielos cubrieron poco á poco la Europa, el Asia y la América del Norte. El mediterráneo, el mar azul "que educó las pupilas de los griegos", se convirtió en una inmensa llanura helada. Y la humanidad se vio reducida a una faja cada vez más estrecha.

Entonces en el fondo de la América, a las orillas del Amazonas, se refugiaron las razas. Y fue ese el crisol inmenso en que se fundieron y mezclaron.

Una serenidad luminosa reinó en los últimos años de la tierra. Muchos velos fueron rotos. Las almas se comprendieron más íntimamente. Y se sintió más próxima la presencia formidable del Destino.

Pero la vida fue haciéndose cada vez más imposible. La Raza acosada en su último refugio se moría irremisiblemente...

Y ahora por todas partes solo se encuentran ciudades muertas, ruinas desoladas. Las cosas tocan a su término. Hace tiempo que lo sabíamos. Nuestros ojos han querido penetrar en lo desconocido y algo del destino nos ha sido revelado.

Sin embargo, no se si pueda ofreceros la esperanza de una resurrección. Esto podría suceder si nuestro planeta, en su eterno movimiento, entrara en una zona de calor y de vida. Pasarán para ello muchos siglos. Entonces surgirán en su superficie nuevos seres. ¿Serán estos iguales á nosotros? ¿Habrà en ellos algo de nosotros? Nada pueden ver mis ojos; son profundidades insondables.

Por ahora todo ha terminado. De vosotros nacerà el último de la Raza.

Pensad, no obstante, que el destino no me ha sido revelado todo entero y que siempre quedará algo en el fondo de las cosas que nunca será alcanzado.

Amaos aunque cerca de vosotros se halle la muerte pronta. Yo obtengo vuestra unión en el momento en que voy a dejaros.

Pensad que sobre nosotros gravita el peso de las edades que pasaron y que en vosotros o en vuestro hijo ha de cumplirse el último destino de la Raza.

Las palabras del anciano, vibrantes y solemnes, quedan por un momento como suspendidas en el ambiente misterioso de la sala.

Los dos jóvenes se arrodillan ante él. Ella melodiosa y suave, con la mirada perdida en los abismos del ensueño.

El grave y triste, sintiendo pesar sobre su alma el peso enorme de los destinos de una raza.

Y con la mano ya helada por la muerte el anciano bendice la unión que es una protesta de la vida y un último grito de esperanza.

\* \* \*

El camino ha terminado. Las puertas de lo desconocido están prontas a abrirse.

Ha sido un camino estrecho á cuyos bordes habitaron siempre los místenos y las fuerzas oscuras y profundas. Por el ha marchado la humanidad fatigosamente, como una de esas grandes caravanas que atraviesan el desierto con el perpetuo miraje de un oasis infinitamente lejano. Se ha detenido muchas veces ante grandes esfinges interrogadoras sin llegar jamás á descifrar los enigmas formidables.

Su existencia ha sido efímera ante las cosas eternas. Y sin embargo nadie podría expresar sus deseos sin límites, sus esperanzas inextinguibles, sus ansias dolorosas, sus inmensos júbilos y sus tristezas profundas; todo aquello que la ha hecho sentir el infinito en la pequeñez de su existencia.

¿Qué huella quedará de las titánicas luchas y las grandes revoluciones en el camino recorrido?

Tal vez por el pasaron otras razas y nada ha quedado de ellas. Tal vez por él pasarán otras después de la que ahora termina.

Y quizás si de los que se han ido y de los que van á venir, emanan las oscuras y extrañas influencias que han pasado sobre la humanidad en todos los tiempos.

Verdad es que la luz que ha iluminado estas cosas ha sido siempre débil, y que sólo en los últimos años el ala del Misterio rozó la frente de la Raza y algo pudo vislumbrarse en lo impenetrable.

Y el camino ha sido corto. Muy cerca aún se perciben las puertas de la

entrada.

Bajo su arco luminoso ha colocado la leyenda los amores de la primera pareja y por extraña ironía se realizan los amores de la última bajo la sombra trágica de aquel pórtico final.

Y no tienen estos amores ante ellos, como los otros, un mundo lleno de luz y de vida; ante ellos no corren los árboles frondosos, ni las flores los envuelven en sus perfumes delicados...

\* \* \*

En el palacio solitario perdido en el seno de la ciudad muerta, en un soberbio aposento que adorna un lujo extraño, están los jóvenes esposos.

Ella en actitud de cansancio infinito y de dolor supremo, como la mujer aquella de la Biblia que está sentada sola a la puerta de la ciudad arrasada. En sus ojos del color del mar hay el reflejo de todas las tristezas.

El inmóvil, en estática contemplación, como si su alma quisiese penetrar en lo inevitable.

Y ella dice:

-Me he preguntado muchas veces en el silencio solemne de mi alma, ante todas las cosas muertas que nos rodean, ante la desesperanza infinita que pesa como una montaña sobre mi corazón, me he preguntado muchas veces si nuestro amor no es un crimen.

Me he preguntado si nuestro amor no es una protesta contra las cosas que han de realizarse y una blasfemia contra el Destino.

Me he preguntado muchas veces si tenemos el derecho de dar la vida en esta inmensa soledad helada y cuando toda esperanza ha huido.

Yo me estremezco profundamente al pensar en la maldición que ha de lanzarnos el que de mí nacerá. Y mi alma cansada se llena de angustiosos temores.

Pero los destinos de la Raza deben cumplirse y espero resignada la orden que ha de venir de ti.

—Yo también—dice él—siento la infinita tristeza de nuestros amores.

Penetra en mi alma la inmensa amargura de esta desolación.

Pero algo desde el fondo de mi ser me arrastra hacia ti inexorablemente.

Es como el último grito de esperanza de la Raza que no quiere morir.

Todo me lleva a ti...

Y en tus ojos profundos creo a veces mirar el milagro de una resurrección...

Había en el ambiente la solemnidad augusta de los destinos que van a cumplirse.

Todo parecía anunciar la proximidad de lo Inevitable.

Y en el silencio de la habitación, tenuemente alumbrada por una bella claridad azul, entre todas las cosas muertas, sobre el inmenso sepulcro de las naciones, sobre el planeta que giraba eternamente en la infinita tristeza de un cielo sin luz, se realizó el misterio de los últimos amores.

**FIN**